

Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 82 – 25 de Diciembre de 2015

En este número

1. ¡Aleluya, ha nacido el Hijo de Dios!, *Álvaro Hernán*
2. Cara y cruz de una misma Argentina:
 - Macri contra la historia, *Axel Kaiser*
 - La Argentina de la masonería, liberalismo y catolicismo, *María Lilia Genta*
 - Carta a *La Nación*, de Buenos Aires, *Guillermo Jesús Fanego*
 - No más venganza, Editorial de *La Nación*
3. La crisis de lo divino y el liberalismo, *Dalmacio Negro*

¡Aleluya, ha nacido Dios!

Álvaro Hernán

No podíamos dejar huérfanas a las páginas de la *Gaceta* de la Fundación José Antonio, en estas fechas en las que el cristianismo, el mundo occidental en suma, celebra el nacimiento del Hijo de Dios, el recordatorio del hecho más importante de toda la historia de la Humanidad.

Para ello deseamos recrearnos con la incomparable imagen de la Familia de Nazaret, cuando la familia entre los hombres está tan deteriorada, se rompen tantas uniones, se crean tantas otras artificiosas, se mata a tantos niños no nacidos quebrando la larga esperanza de vida que los esperaba.

Aquí tenemos la imagen de la Familia por antonomasia: La Virgen serena mirando al Hijo que concibiera tras el anuncio del Ángel; San José con el Niño Jesús en brazos sin terminar de creerse todavía que el Padre hiciera el milagro de engendrar en el seno de su esposa a su Hijo; y el Niño mirando a los dos con la serenidad de quien sabe cuál es el misterio y por qué ha tenido lugar su nacimiento, y, además conoce la trayectoria que ha de seguir su vida, sabiendo de su tragedia en el Gólgota cuando muera crucificado para salvar a la Humanidad del pecado.

Nosotros, los hombres, mientras, y todos los días, empeñados en romper los cánones de una vida sosegada, en paz unos con los otros y con



Sagrada Familia. Escuela de Rafael. Monasterio de Nuestra Señora de Gracia. Madrigal de las Altas Torres (Ávila)

nosotros mismos, siguiendo el camino marcado por el Señor. Por el contrario somos ambiciosos, nos enzarzamos en guerras inútiles, matamos a nuestros semejantes, el egoísmo nos domina, despreciamos a los demás, nos olvidamos ser honrados, ambicionamos el poder y lo buscamos por todos los medios aunque sea pisoteando a nuestros compañeros de andadura, porque hemos perdido el norte de nuestra vida, nos apetece mucho más el goce desmesurado que el camino hacia la trascendencia.

En la imagen de la Sagrada Familia que presentamos podemos hallar la clave del amor a través de los tres personajes de la Natividad: el Niño Dios, la Virgen Madre, y el esposo que ama al Hijo de Dios concebido por el Padre en el seno de su esposa y anunciado por el Ángel.

Mas tengamos esperanza. La Historia se repite en un constante vaivén, alternándose los momentos de gloria en la cúspide y momentos de zozobra en la hondonada. En estas fechas cantemos villancicos, ¡aleluya, ha nacido Dios!, disfrutemos de vivir y recemos porque vuelva a renacer el buen tiempo.

En esa esperanza, deseamos a nuestros lectores unas gratas fiestas de la Natividad del Señor, unos días de entrañable amor cristiano y una enorme paz.

Cara y cruz de una misma Argentina

Macri contra la historia

Axel Kaiser

Abogado chileno, conocido como analista político, escritor, columnista y director ejecutivo de la Fundación para el Progreso

Es difícil dimensionar la trascendencia de lo ocurrido en Argentina. Se trata de un golpe devastador para el populismo latinoamericano, incluido nuestro gobierno, el que ha optado, como advirtió *The Economist* hace poco, por continuar la ruta que arruinó a nuestros vecinos.

Argentina, como sabemos, no siempre fue el desastre que es hoy. Por casi cincuenta años antes de la Primera Guerra Mundial nuestros vecinos crecieron a tasas de un promedio de 6% anual, la tasa más alta jamás registrada en la historia del mundo por un periodo tan prolongado. Millones de europeos abandonaban sus países para llegar a la tierra prometida de Argentina a tal punto que en 1914 la mitad de los habitantes de Buenos Aires era nacidos en el extranjero. El país llegó a estar entre los diez más ricos del mundo superando a Francia, Alemania e Italia mientras su ingreso per cápita era de un 92% del promedio de los 16 países más ricos del mundo. Brasil, por hacer una comparación, tenía un ingreso de un cuarto del argentino. Y esto no era solo en base exportaciones de bienes primarios.



Litografía de Córdoba a finales del siglo XIX

Entre 1900 y 1914 la producción industrial de Argentina se triplicó alcanzando un nivel de crecimiento industrial similar al de Alemania y Japón. En el periodo 1895-1914 en tanto, se duplicó el número de empresas industriales, se triplicó el trabajo en ese sector y se quintuplicó

la inversión en el mismo. Todo esto fue acompañado de un progreso social sin precedentes en el país: si en 1869 entre un 12% y 15% de la población económicamente activa pertenecía a los sectores medios, en 1914 la cantidad alcanzaba el 40%. En el mismo periodo el nivel de analfabetismo se redujo a menos de la mitad.

Usted se preguntará cómo llegaron nuestros vecinos a ser uno de los países más ricos del mundo. La respuesta es que desde mediados del siglo XIX introdujeron instituciones liberales que desataron las energías creadoras de sus habitantes. El marco más relevante fue la constitución de Juan Bautista Alberdi, brillante intelectual que admiraba a Thomas Jefferson y a los padres fundadores de Estados Unidos. Reflejando la filosofía libertaria que inspiraría su constitución, Alberdi diría cosas impensables para un político actual, como por ejemplo, que «los pueblos del Norte no han debido su opulencia y grandeza al poder de sus Gobiernos, si no al poder de sus individuos» y que «las sociedades que esperan su felicidad de la mano de sus Gobiernos esperan una cosa que es contraria a la naturaleza».

El mismo Alberdi agregaría que «los Estados son ricos por la labor de sus individuos, y su labor es fecunda porque el hombre es libre, es decir, dueño y señor de su persona, de sus bienes, de su vida, de su hogar». Toda esta filosofía liberal que encumbró a la Argentina a la cúspide mundial se desplomó de manos del socialismo fascista de Perón y las nuevas doctrinas estatistas que proliferaron a partir de la Gran Depresión de los años 30. Desde ahí nunca más volvió a ser lo mismo. Hoy, Argentina es un fracaso económico y social con una de las inflaciones más altas del mundo occidental, niveles de corrupción récord, un ingreso que apenas llega al 43% del promedio de los 16 países más ricos, inseguridad galopante, pobreza de un 30%, y además ha sido expulsada de los mercados de capitales internacionales.

Pero la esperanza llegó, tras un siglo de declive. El nuevo gobierno encabezado por Mauricio Macri puso fin no solo a más de una década de degeneración institucional kirchnerista sino a casi cien años de dominio político peronista. Así las cosas, la tarea que enfrenta Macri es nada menos que derrotar la historia. Ya logró una primera victoria en las urnas el pasado domingo. Esa fue la parte «fácil». Ahora le toca dar inicio a una transformación sostenible en el tiempo que logre terminar, a nivel cultural e ideológico, con el peronismo que ha destruido la libertad y condenado a la decadencia y vergüenza internacional a un pueblo que ha probado tener lo necesario para pertenecer a la élite mundial.

Si Macri logra la titánica hazaña de dejar iniciado ese cambio permanente pasará a ser el más grande líder político que haya conocido la Argentina en más de un siglo y sin duda uno de los más grandes que haya conocido América Latina en toda su vida independiente. Los latinoamericanos de buena voluntad no podemos más que desearle suerte y ofrecerle toda nuestra ayuda, por el bien de Argentina y por el de América Latina.

Tomado de *Diario financiero (Chile)*

La Argentina de la masonería, liberalismo y catolicismo

María Lilia Genta

Docente, catequista y analista político de su país (Argentina)

Ante todo, muchas gracias a la *Gaceta* de la Fundación José Antonio por tu deferencia en pedir mi opinión sobre el artículo que me envías.

En primer lugar, he de reconocer que es verdadero en casi todas las cosas que describe, pero lo hace desde una óptica liberal, muy ideologizada y sesgada. Es cierto, la llamada generación del 80 (que fue liberal) llevó a la Argentina a una grandeza económica extraordinaria y la insertó entre las primeras naciones del mundo. Pero nuestro patriciado, sobre todo el que venía del unitarismo de los años iniciales de nuestra independencia, se hizo en gran parte liberal, masón y laicista. Hubo contrastes: nuestra Constitución, por ejemplo, es una copia servil de la de California que acentúa un individualismo yanqui extraño por completo a nuestras raíces

hispánicas en que la institucionalidad surgía de los viejos y nobles Cabildos. Por eso, esta Constitución fue más declamada que efectiva en su vigencia. Por otro lado es cierto también que Buenos Aires es una ciudad por completo europea. Desde el color de la piel de sus habitantes (debido a la inmigración) hasta el trazado de sus avenidas. Un argentino que pasee en Madrid por la Gran Vía se sentirá en Avenida de Mayo. En cambio, en los barrios «exquisitos» de los viejos ricos, palacios y mansiones recuerdan a París. En cuanto a la arquitectura, estética y



Mar de Plata, Buenos Aires

costumbres somos, por tanto, más europeos que norteamericanos. Sólo en el Barrio de San Telmo y en las primeras iglesias de Buenos Aires se encuentran testimonios de la vieja tradición hispánica cuyos tesoros más preciados se lucen en provincias como Córdoba o Salta.

Te estoy escribiendo ahora desde una ciudad en la que pasamos el verano, Mar del Plata, que en toda su belleza es testimonio de ese extraño maridaje entre masonería, liberalismo y catolicismo hispano que nos distingue de

otros países de América Hispana tanto como nuestra extendida clase media con gran movilidad social. Los patricios liberales entregaban a sus devotas esposas ingentes sumas de dinero para levantar iglesias y hacer obras de caridad. Una de las construcciones más bellas de esta ciudad es el asilo Unzué (ahora destruido por el populismo kirchnerista) que fue levantado para educar huérfanas marginales. Su capilla es una obra de arte bizantina única en América. La escuela era bilingüe (francés español). En lo que queda de su teatro las pupilas representaban obras en francés y por si fuera poco fue el primer edificio con calefacción central, confort que no existía en las mansiones de los ricos. Así fue la Argentina anterior a los populismos: una mezcla extraña que nos distinguió de otros países vecinos.

El artículo ignora esta realidad y describe una Argentina idílicamente liberal que, en la realidad, no existió. Ignora también el gobierno del General Onganía (1966-1970) que ordenó nuestra patria intentando (como Bordaberry en Uruguay) establecer una institucionalidad de base municipal (que restauraba en cierto modo nuestra tradición hispánica de los Cabildos) acentuando la importancia de los cuerpos intermedios. Ambos gobernantes, el uruguayo y el argentino, fueron traicionados y depuestos por sectores militares liberales y masones que, paradójicamente, terminaron abriéndole paso a nuevas expresiones populistas.

En cuanto a Macri, que es quien nos ocupa ahora (te confieso que yo lo voté aterrorizada por los doce años de kirchnerismo) tal vez se lo idealice demasiado hartos como estamos de la promoción del odio y la zafiedad y locura del «cristinismo». Sin duda hemos pasado de la categoría zoológica a la antropológica. Como vecina de Buenos Aires puedo decirte que Macri, en sus ocho años de Jefe de Gobierno, realizó excelentes obras públicas cosa que no se hacía desde los gobiernos militares. Personalmente, Macri me suena a Aznar, un buen administrador y no mucho más. ¿Me equivoco? No me preocupan sus ministros empresarios o ingenieros sino los que ha nombrado en cultura y medios; en estas áreas Macri no tiene ideas claras y ahí se le cuelan progresistas y abortistas de derecha. En suma, Macri no es la Argentina que yo sueño pero es la que podemos tener, por ahora.

PD: Existen las diferencias. El patriciado liberal –viejos ricos– construyó, como te dije, los más bellos barrios de la ciudad de Buenos Aires. La oligarquía populista kirchnerista –los nuevos

ricos- nos deja Puerto Madero, la obscenidad del mal gusto y de la riqueza mal habida.

Carta a *La Nación*, de Buenos Aires

Guillermo Jesús Fanego

Abogado. Buenos Aires, 24 de noviembre de 2015

Sr. Director:

Después de las diatribas que se alzaron cuestionando el editorial publicado el día 23 de noviembre pasado, es mi deseo felicitarlo y albergo la esperanza que sea el primer paso para que la sociedad pueda comenzar un debate y cerrar las heridas abiertas hace más de cuarenta años, en una de las etapas más dolorosas que transitamos en nuestra Patria. En estas horas se oyeron voces críticas denostando su línea editorial que no hace más que reflejar una triste realidad pues no existen más que parodias de juicios que esconden la venganza alimentada por ideologías sustentadas en el odio y el rencor y muchas veces recurren a palabras del ahora admirado Francisco y antes repudiado Cardenal Bergoglio, para justificarse. Quienes alegan que, -a quienes se los enjuicia en causas (a mi criterio mal llamadas de lesa humanidad)-, se les brindan las garantías judiciales, demuestran un supino desconocimiento y de ello puedo dar testimonio como abogado defensor. La política de persecución estatal no es justicia sino venganza y para ello se valen de jueces que deben «demostrar» su «apego» a los lineamientos que se les impone. En la entrevista personal que se llevó a cabo en el Consejo de la Magistratura de la Nación con los postulantes para cubrir cargos en la Cámara Federal de Casación Penal, el tema excluyente fue «lesa humanidad» sin preocuparse -sus integrantes- de los gravísimos problemas que hoy día nos aquejan como el narcotráfico y la trata de personas, materias bajo la incumbencia federal. La violación a las mínimas y elementales garantías constitucionales es moneda corriente en estos procesos que, de suceder en una causa común, acarrearía serios reproches a los magistrados. La igualdad ante la ley no existe, como tampoco el estado de inocencia ni el resguardo de la no aplicar leyes en forma retroactiva y más gravosas para el imputado. Parafraseando a Mahatma Gandhi, *la venganza del ojo por ojo nos deja ciegos* como sociedad por lo que seguimos a los tumbos tras una Justicia que teniendo los ojos cubiertos, se levanta la venda para espiar a quien se juzga y así, las víctimas de los delincuentes terroristas son enterradas en el olvido para que ellos continúen impunemente sin remordimientos, sin pedir perdón ni demostrar arrepentimiento de las atrocidades que cometieron y lucrando con sus «sueños compartidos». Si hoy nos alegramos de vivir en un Estado Constitucional de Derecho no es gracias a los ex delincuentes subversivos pues de haber triunfado sus ideas, estaríamos bajo una dictadura similar a la que soporta el pueblo cubano.

No más venganza

Editorial der *La Nación* 23.11.2015

La elección de un nuevo gobierno es momento propicio para terminar con las mentiras sobre los años 70 y las actuales violaciones de los derechos humanos.

La senadora por Córdoba Norma Morandini escribió días atrás en estas páginas que la causa de los derechos humanos no se puede defender con mentiras. No se puede defender tampoco con nuevas violaciones de derechos humanos como está ocurriendo en el país.

Un día después de que la ciudadanía votara un nuevo gobierno, las ansias de venganza deben quedar sepultadas de una vez para siempre.

Los trágicos hechos de la década del setenta han sido tamizados por la izquierda ideológicamente comprometida con los grupos terroristas que asesinaron aquí con armas, bombas e integración celular de la que en nada se diferencian quienes provocaron el viernes 13,

en París, la conmoción que sacudió al mundo. Aquella izquierda verbosa, de verdadera configuración fascista antes y ahora, se apoderó desde comienzos del gobierno de los Kirchner del aparato propagandístico oficial.

Se ocultó así lo que ya no puede taparse por más tiempo a la compresión de una sociedad cuya composición por edad ha ido cambiando en los últimos cuarenta años. A la sociedad argentina de los años setenta no era necesario explicarle que el aberrante terrorismo de Estado sucedió al pánico social provocado por las matanzas indiscriminadas perpetradas por grupos entrenados para una guerra sucia, a los que el kirchnerismo ha distinguido con la absurda calificación de



«juventud maravillosa».

La sociedad dejó aislados a esos «jóvenes idealistas», mientras el terrorismo de Estado los aplastaba con su poder de fuego, sin más salvedades que las de algunas voces aisladas, sin más ley que la de la eficacia de operaciones militares que tenían por objetivo aniquilar al enemigo y sin una moral diferente, en el fondo, que la de los rebeldes a quienes combatían.

Ha llegado la hora de poner las cosas en su lugar. Debatir que quienes sembraron la anarquía en el país y destruyeron vidas y

bienes no pueden gozar por más tiempo de un reconocimiento histórico cuya gestación se fundó en la necesidad práctica de los Kirchner de contar en 2003 con alguna bandera de contenido emocional. Lo hicieron así al asumir el poder con apenas el 22 por ciento de los votos. Antes habían mirado en esos asuntos para otro lado.

Hay dos cuestiones urgentes por resolver. Una es el vergonzoso padecimiento de condenados, procesados e incluso de sospechosos de la comisión de delitos cometidos durante los años de la represión subversiva y que se hallan en cárceles a pesar de su ancianidad. Son a estas alturas más de trescientos los detenidos por algunas de aquellas razones que han muerto en prisión, y esto constituye una verdadera vergüenza nacional.

Días atrás, tal situación se ha agravado por una escandalosa decisión del Tribunal Oral de La Plata, que revocó la prisión domiciliaria de varios militares de avanzada edad, como los coroneles Carlos Saini y Oscar Bardelli, el capitán de navío Carlos Robbio y el almirante Antonio Vañek. Pareció una burla su coincidencia con el privilegio domiciliario concedido por esos días, por un tribunal del Chaco, a un mafioso de 65 años, condenado a 19 años de prisión por haber traficado más de mil kilos de cocaína a España.

En segundo lugar, de modo paralelo, han continuado actos de persecución contra magistrados judiciales en actividad o retiro. Uno ha sido el caso del juez federal de Mar del Plata Pedro Hooft, absuelto el año último tras siete años de acusaciones sobre supuestos delitos de lesa humanidad. El perverso armado de la causa salió a la luz por grabaciones aportadas como prueba, pero Hooft está afrontando nuevos ataques. También debimos ocuparnos recientemente del proceso irregular montado contra el juez Néstor Montezanti, de Bahía Blanca, en otro claro intento oficialista de desarticular la investigación de causas que involucran a la familia presidencial.

Sin más elementos que referencias mendaces aportadas por tres militares condenados como autores de las matanzas producidas en la denominada masacre de «Palomitas», se persiguió por más de diez años al ex juez federal de Salta Ricardo Lona. Éste se encuentra en prisión preventiva por supuestas fallas en la investigación de la muerte del ex gobernador de Salta Miguel Ragone, ocurrida en marzo de 1976. Se desconoce, en cambio, que el juez Lona había sido

quien reunió las pruebas que llevaron a condenar a los partícipes del hecho, según lo reconoció la propia Corte Suprema de Justicia de la Nación.

Por otra parte, la acusación en su contra carece de validez pues la acción no se encuentra instada por los fiscales de la causa, sino por otros designados ad hoc por la cuestionada Procuración General de la Nación, careciendo por ello de atribuciones para impulsar la acción. Con casi 80 años y una grave enfermedad, Lona corre peligro de que los fiscales lo envíen a prisión solicitando la revisión del informe médico que desaconseja rotundamente su traslado a una cárcel.

La cultura de la venganza ha sido predicada en medios de difusión del Estado y en las escuelas habituadas a seguir las pautas históricas nada confiables del kirchnerismo. O sea, la mentira de la que ha hablado la senadora Morandini.

El palabrerío de sujetos que han sido responsables de haber incendiado al país en los años setenta convencidos de que las armas de fuego y los explosivos, con sus secuelas de muerte y dolor, eran la vía de acceso a una sociedad mejor, no puede intimidar a los políticos responsables, ni a los jueces compenetrados de su misión, de actuar en consonancia con la verdad histórica y los principios básicos del derecho penal.

Siempre será indispensable construir a partir de la verdad completa, apaciguar y no agotar la búsqueda de todos los medios necesarios para que se cumpla la imploración del papa Francisco de que todas las herramientas de la ley se activen «para evitar cualquier tipo de venganza y curar las heridas», aunque «sin dejar de mirar las cicatrices», como bien aportó.

La crisis de lo divino y el laicismo

Dalmacio Negro

1. La clave de los problemas actuales, por lo menos en Occidente, es el conflicto entre la política y la religión. En ello desempeña un papel principal la ofensiva del laicismo radical irreligioso o, por lo menos, anticristiano en orden a transformar radicalmente la cultura y la civilización. El objetivo final, no siempre consciente o declarado, es la creación de un hombre nuevo, puramente terrenal, el tema que impulsa las tendencias políticas predominantes desde la revolución francesa.

Su substrato es seguramente el ocultamiento, olvido, negación o rechazo de la realidad de lo divino. Esto conlleva la pérdida del sentido de la realidad y, por ende, de la vida. Sin embargo, no se trata tanto de una crisis de fe como de una inversión del objeto de la fe. Pues, siendo la fe una propiedad antropológica, pueden variar sus contenidos. Pero mientras la fe propiamente dicha se refiere a lo sobrenatural y trascendente, lo que habría pasado es que ahora se pone la fe en lo artificial, como si fuese lo sobrenatural, y en lo inmanente.

2. El ocultamiento, olvido, negación o rechazo de lo divino se ha sintetizado en sintagmas como la «muerte de Dios» (Nietzsche), el «desencantamiento del mundo» (M. Weber), el «eclipse de Dios» (M. Buber), la «desdivinización» o la «huida de los dioses» (M. Heidegger, Holderlin). El desconcertado Max Scheler hablaba de la «impotencia de lo divino».

Serían preferibles, empero, fórmulas menos conocidas como la de Manfred Frank, «Dios en el exilio», o la de Marcel Gauchet de «la salida de la religión», o la sugerencia de George Weiler de una «política sin Dios». Fórmulas éstas más próximas a la del «silencio de Dios» de San Juan de la Cruz, sobre el que ha llamado la atención Rémi Brague.

Brague prefiere hablar del «retroceso de lo sagrado». Sin duda, porque lo sagrado es la forma en que la humanidad se relaciona con lo divino en las formas del culto religioso. Y es un hecho indiscutible que hoy se sustituye, esconde o tergiversa lo divino con falsas sacralizaciones de

cosas humanas como el bienestar, el desarrollo, el nivel de vida, el sexo, la democracia, la etnia, el nacionalismo, el Estado, la Tierra, etc. Todas ellas son politizaciones tras las cuáles está el Poder.

Hay religiones para todos los gustos. Con la difusión de la ideología sacralizadora de los valores, que pretende llenar el vacío creado por el formalismo kantiano, la natural subjetividad de la conciencia, el órgano que evoca lo divino, se ha convertido en una caja de Pandora y a la vez en un lecho de Procusto. Cualquiera puede inventarse una religión para su uso personal, señala el sociólogo Peter Berger.

Por otra parte, la sacralización del Estado como depositario del Poder en tanto manifestación de lo divino es, sin duda, la causa del auge de la cultura nihilista. El propio Estado, innovador por definición, la difunde como liberación del pasado, de las tradiciones y de las limitaciones naturales de la condición humana. El problema consiste en que se considera lo divino.

3. Por lo pronto, el Poder como tal tiene de suyo un carácter sagrado, puesto que lo Político salió de lo Sagrado, la forma natural y comprensible de lo divino. Es, por ejemplo, lo que explica la obediencia, pues quien manda tiene poder. Pero el Poder asentado en la inmanencia, ésta es la cuestión, no es lo divino. Eso explica el conflicto actual entre el laicismo radical y las religiones. Las religiones en plural, no sólo la cristiana; por supuesto las que son auténticas religiones, no sustitutos, ideologías o inventos quizá crematísticos.

Si el laicismo inmanentista combate al cristianismo, débese a que nació en Europa, dentro de la cultura cristiana, a que es aquí donde se desenvuelve, aunque ya tenga sucursales en otros lugares. Dado su origen, contiene elementos del cristianismo. En cierta manera aspira a realizar el cristianismo sin Dios. Pues esos elementos no se limitan al origen cristiano del laicismo,



impulsado por la Iglesia, sino que incluyen ideas como las de universalidad y misión. No obstante, la universalidad del nuevo laicismo se apoya en la ciencia y la tecnología, a las que la época ha llegado a atribuir un carácter misionero, como destinadas a erradicar definitivamente el mal y el azar, las dos obsesiones del pensamiento moderno. El laicismo radical les debe muy especialmente a esos dos elementos su prestigio y su difusión: se identifica con el cientificismo, una ideología de la ciencia.

Ese laicismo deriva empero su fuerza en que se apoya, por otra parte, en lo Político estatal, de suyo laico y neutral, por lo que se presenta como político. Mas, sin querer ser una religión, puesto que toda religión se basa en la fe en lo divino trascendente, transmundano, opera como una religión contra toda religión. Su vigor estriba, justamente en que es político, temporal y, aliado con los poderes de este mundo, se ha apoderado del Estado, cuya naturaleza, la neutralidad, coincide con la presunta objetividad científica del laicismo. En realidad, el Estado, que monopoliza por definición la actividad política –la libertad política– y a partir de ahí aspira a monopolizar todo lo profano, ha sido el instrumento impulsor del laicismo radical, propugnado de manera especial por el humanismo, que es en sí mismo una visión antisobrenatural, puramente natural, de la naturaleza humana, degenerado en humanitarismo militante.

De momento, el laicismo deja en paz a las demás religiones; incluso se alía con ellas contra el cristianismo, su principal enemigo. Sin embargo, ese laicismo es enemigo existencial, no mero adversario, de toda religión, tanto de las naturalistas, para las cuáles la Naturaleza como *physis*

en la terminología griega es lo divino, como de las bíblicas para la cuáles lo divino trasciende claramente al mundo o, por decirlo así, está fuera de él.

4. Mas, ¿porqué opera el laicismo como si fuese una religión naturalista? La crisis de la fe no es la crisis del sentimiento y la razón religiosos, de modo que el nuevo laicismo es una forma de fe, aunque por su sustrato nihilista niegue la transcendencia. Es el nihilismo racionalista de origen cristiano que suprime la *creatio* de la fórmula *creatio ex nihilo*. La causa, y por eso lo que ocurre hoy no es una crisis de fe, todo lo contrario, consiste en que la fe es una propiedad de la naturaleza humana, igual que la razón, la memoria, el sentimiento, la imaginación, la voluntad o la libertad. La fe es un componente esencial, ontológico, de la naturaleza humana. Esto es de sentido común, del que es muy expresiva la máxima o refrán de la sabiduría popular, «quien no cree en Dios cree en la herradura». La antropología sin compromisos demuestra que la fe en lo divino trascendente es connatural al ser humano. Por eso es erróneo considerar inmanentistas a las religiones naturalistas, de las que se podría decir que simplemente se engañan sobre el objeto de la fe.

El problema consiste ahora en que el sentido común, resorte de la conciencia, ha sido demolido a partir del Romanticismo por el constructivismo político y la politización colectivista.

El hombre es un ser que tiene creencias, entre ellas las propias de la fe, que las religa a todas al relacionar al ser humano con lo divino a través de la religión, que es cosa de este mundo en el sentido de natural. De ahí que uno de los objetos principales de la ofensiva laicista consista en atacar y destruir la creencia ancestral en la naturaleza humana como algo permanente, universal, dado, una *donnée* o presupuesto. A este fin, separa lo natural como lo puramente biológico, de lo humano o espiritual, que así resulta ser un producto de la cultura y, por ende, manipulable, construible. No se puede hablar del hombre como humano antes de su existencia, venía a decir Jean Paul Sartre.

El culturalismo científicista es la clave del laicismo militante que destruye las ideas-creencia de que hablaba Ortega como criterios fiables de la conducta, entre ellas las que pertenecen al mundo sobrenatural de la fe. Su hueco se rellena con valores *ad usum delphinis*, útiles para la voluntad de poder que excita y expande el nihilismo. Esta es la tarea del modo de pensamiento ideológico dominante: proponer valores como conceptos que explican la realidad. Lo que ha llamado Carl Schmitt la tiranía de los valores, una de las fuentes principales, o la principal, del relativismo.

5. Al hablar de ataque y destrucción se alude inevitablemente al Poder: no ataca ni destruye quien no cree que tiene el poder de hacerlo. En un mundo artificialista, lastrado por la «pérdida de la realidad, sólo quien tiene poder tiene libertad». Así definía Hobbes, el padre del artificialismo, la libertad: *Freedom is Power*. Y esta es la concepción de la libertad dominante en la época del estatismo. Por ejemplo, el estulto Rodríguez Zapatero, un típico «hombre nuevo» del nihilismo y Anticristo de pacotilla, ejemplo del gobernante antipolítico, guiado por su instinto demagógico dice, haciendo de un retruécano vulgar un principio del gobierno, «la libertad os hará verdaderos»: la libertad como «liberación» del Ethos, una suerte de *libertas indifferentiae*.

Precisamente el caso de España es tal vez, en este momento, el mejor ejemplo actual del modo de operar del laicismo radical. En aquella frase se resume y culmina la destrucción del *ethos* llevada a cabo por la nueva Monarquía socialista desde su instauración, como si se tratase de un maquiavélico *principe nuovo*. Con el evidente propósito, pues a la vista de los hechos no es posible pensar en otro, de crear una sociedad nihilista sin las trabas de los hábitos, las costumbres, las tradiciones, las creencias, del *ethos*. Sería una sociedad dependiente exclusivamente de la voluntad del Poder.

Ahora bien, la libertad no pueden darla los gobiernos, cuya misión consiste precisamente en protegerla. Sólo pueden liberarla de trabas o de las responsabilidades inherentes a la libertad. Pues, igual que la fe, la libertad es una propiedad humana, un presupuesto ontológico. La naturaleza humana, en cuanto humana, es espiritual y libre. Precisamente por eso existe la

moral, que se refiere a la responsabilidad inherente a los actos libres. Esto es lo que quiere destruir el laicismo radical para construir la sociedad amoral, indiferente y conformista, que constituye su ideal, en la que la responsabilidad es otro monopolio del Estado: el Estado, se hace cargo de la responsabilidad inherente al ejercicio de la libertad con sus infinitas leyes-medidas, cada vez más detallistas. Lo que llama Sloterdijk la ideología modal. El Estado, contra una creencia muy extendida, no da la libertad. Sólo puede liberar a los hombres de la carga de la responsabilidad.

6. Como recuerda Marcel Gauchet, la política, el poder político, salió de lo sagrado, que estabiliza la visión de lo divino formalizándola como religión. La religión relaciona a través de lo sagrado la vida humana con lo divino. Pues lo divino es la realidad eterna entitativamente no natural; pertenece a una esfera no humana, sobrenatural respecto a la realidad total. Como los griegos pensaban que lo divino es lo ultrasensible del cosmos, la *physis*, respondiendo a esa idea ancestral, Platón concibió un mundo distinto del cosmos u orden *aisthetós*, el mundo sensible: el cosmos u orden *noetós*, el mundo de lo divino en el que viven las ideas, el mundo espiritual. Para investigarlo inventó un método –una vía–, la filosofía, el amor a la sabiduría, pues la sabiduría, la *sophia*, es, según los griegos, el saber de lo eterno, propio de los dioses. Y así siguen pensando, aunque con formas diferentes, grandes y pequeñas culturas y civilizaciones. Para todas ellas, igual que para los griegos, lo divino era el principio interno ordenador del cosmos, y, por reflejo, del orden del mundo natural, identificándose las epifanías o manifestaciones de lo divino con las fuerzas que emanan de la Naturaleza.

La Ilustración.

Principales Características

Laicismo

La Ilustración es la primera cultura al margen del cristianismo, y en algunos aspectos anticristiana.

Esto tiene su explicación en cierto rechazo por parte de la Iglesia, de la forma de vida burguesa. La burguesía constituye una clase que, desde su aparición, vive del comercio, del préstamo con interés y del lucro.

Los ilustrados nunca hablan de caridad (amor al prójimo por amor a Dios). Hablan de filantropía (amor al hombre por el hombre mismo).



Pero esto último, para el mundo de las religiones bíblicas son falsas sacralizaciones naturalistas. La Biblia habla directamente de la trascendencia, de la existencia de una realidad sobrenatural ajena al cosmos, a la Naturaleza, a la que, por el contrario, crea y da vida, y, por tanto, no es enemiga de la realidad natural sino distinta de ella. Es la realidad divina, como captó Platón, quien identificaba lo natural con lo sensible, explicando con mitos, cuando no podía expresarlo con conceptos naturales, lo relativo a lo divino. Es decir, descubrió la trascendencia de lo que para él era el Ser, el principio y hontanar de todo lo sensible.

En suma, el Poder de lo divino, que históricamente salió como poder político de lo sagrado, está inevitablemente impregnado de sacralidad. Y esta impregnación es lo que empezó a limpiar, si se puede decir así, inconscientemente, el humanismo renacentista, al que el averroísmo latino había preparado el terreno al separar la razón y la fe como fuente de verdades distintas, haciendo del hombre de fe un ser distinto del hombre racional. Esa primera desintegración de la naturaleza humana es lo que asustó a Ockham llevándole a proponer una suerte de imperialismo de la fe separada de la razón, que, a la larga, con el protestantismo y el humanismo posterior, y debido a una serie de circunstancias, dio la vuelta y se convirtió en el imperialismo de la razón, el menos en este mundo: al quebrarse la conexión natural entre la fe y la razón, el hombre, habitante de la Tierra, que después de Copérnico tampoco era ya el centro del cosmos, quedó aislado de la trascendencia. Puesto que a ésta sólo se podía acceder por la fe, un don de la divinidad según la teología –de ahí las disputas sobre la gracia entre protestantes y católicos–, la razón era la única facultad innata a la que podía atenerse el hombre en el aquende. Y ante el silencio de Dios, sin comprender que ya ha dicho todo lo que tenía que decir, la razón acabó

desentendiéndose de lo divino creándose la atmósfera propicia para que el mundo llegase a ver en la fe en lo divino, como lo extraño al mundo, la causa de la contingencia y el mal, y se opusiera a esa fe y a lo divino.

7. Augusto Comte es un buen ejemplo de esa actitud. Pero una figura principal del proceso que lleva a Comte y la negación de lo divino, aunque no es el responsable, fue Maquiavelo. ¿Qué hizo Maquiavelo? Es sólo interpretar su pensamiento diciendo que separó la política de la religión y con ello de la moral, que la religión se limita a precisar, pues no hay más que una moral, que no es más que la forma natural de la ley divina. En suma, el Poder de lo Político, en el mundo moderno el Estado, se hizo así autárquico frente a la religión y la Iglesia. Esto vale como resumen para maquiavélicos y antimachiavélicos. Pero, a la verdad, Maquiavelo no hizo nada de eso, no separó nada. Se limitó a describir a-teológicamente, como un humanista, la realidad de la política de la época. Es decir, escribió como un notario que da fe de lo que ve. Y como notario prescinde de la teología, el conocimiento racional de Dios, que era hasta entonces el principal de los saberes y lo que hacía posible ordenarlos. En Maquiavelo, lo que parecen consejos, a lo que debe su mala fama, no tienen un sentido moral: son los consejos de un notario.

A la verdad, lo que resultó evidente de la descripción por Maquiavelo de la realidad histórica, es que el poder, tal como se manifestaba en la época, prescindía de su origen trascendente y por tanto de la ley moral natural descansando en sí mismo e imponiendo su propia moralidad, la del éxito. El hombre sólo puede hacer suyo el poder si posee *virtú*, cualidad en que cifraba Maquiavelo la principal característica del hombre político, del Príncipe, el actor principal en el sentido del *principe nuovo* fundador de Estados; mediante la *virtú* –una combinación de la concepción clásica de la virtud como valor con la gracia– puede dominar a la fortuna; pues de la fortuna –una visión a-teológica de la Providencia– dependen el cincuenta por ciento de los actos humanos según el escritor florentino. Por eso, la prudencia, que era desde los griegos la virtud por excelencia del hombre político, se transforma ahora en auxiliar de la *virtú*: sus funciones se circunscriben a hacerle comprender al actor individual, en este caso el príncipe, la *necessità*, el conjunto de circunstancias que condicionan su acción. Lo demás, el cincuenta por ciento, depende de la fortuna, pues el Poder no tiene otra explicación que él mismo, es una realidad inmanente. Este fue el gran descubrimiento de Maquiavelo: la presencia del principio de inmanencia. Seducir o someter a la fortuna para merecer los favores del Poder es, pues, la tarea de la *virtú*.

Lo que hizo el escritor florentino fue sacar a la luz sin proponérselo, pues no era un filósofo ni le interesaban estas cuestiones, el poder del principio de inmanencia, y tras él, gran parte del pensamiento moderno, fascinado por su descubrimiento hizo de la inmanencia su principio intelectual. Pues Maquiavelo descubrió asimismo que con el Poder, tal como lo describía, dejado a sí mismo, resulta que el mal es como la sal del mundo humano. Y el pensamiento moderno se dedicó a discurrir como podía encapsular con ayuda de la razón al Poder para controlar o suprimir el mal y, en lo posible, hacerlo benéfico.

A partir de Maquiavelo se difundió la idea del Estado como cápsula apropiada para encerrar el poder, todo el Poder, de modo que, manejando adecuadamente, racionalmente, esa máquina, se pusiera al servicio del bien controlando el mal. De ahí la razón de Estado, que opera inmanentemente.

8. Lo que verdaderamente significa hoy el humanismo ateológico (no ateo ni antiteológico) de Maquiavelo, consiste, pues, en que puso al menos tres cosas sobre el tapete.

La primera, el principio de inmanencia como último fundamento y rector de las colectividades humanas. La única alternativa frente al poder de la inmanencia consistía en contar con el auxilio de la fortuna para estabilizarlo. La solución únicamente podía consistir en fortalecer la *virtú* del príncipe con un instrumento técnico adecuado capaz de poner la fortuna a su favor: *lo Stato*.

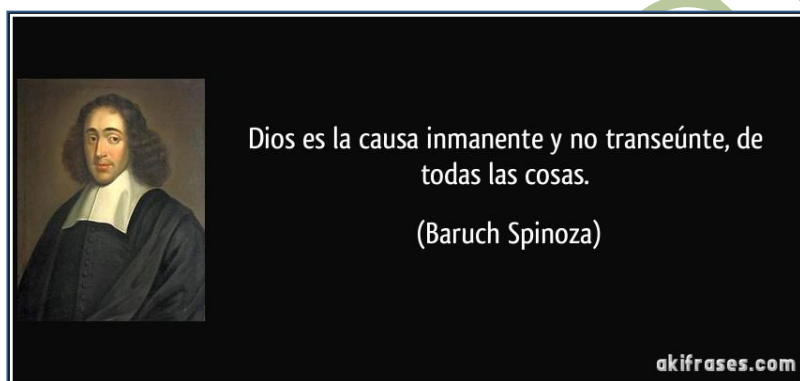
La segunda, la razón de Estado, a la que, como es notorio, el escritor florentino jamás se refirió expresamente: aplicando la razón al cálculo de la relación entre los medios y los fines para

manejar la máquina estatal, se podía controlar el poder circunscribiendo sus propios fines de un modo que al menos garantizase la paz; Bodino inventaría luego la soberanía como el círculo al que se circunscribiría la acción del Poder, dándole así la función de neutralizar los conflictos colectivos.

La tercera, que el laicismo, que se atiene exclusivamente a la razón, al poder de la razón prescindiendo de la fe, puede buscar mediante el poder el bien de este mundo. De ahí el modo de pensamiento secular, «laico» en el sentido de independiente de la Iglesia, que había creado el laicismo. Es decir, bajo el principio de inmanencia se separaron el laicismo mundano y el laicismo eclesiástico. El laicismo inmanentista devino así, poco a poco, absolutamente independiente de la Iglesia, que postula en cambio la trascendencia, y de su *auctoritas*, que la presupone.

El laicismo radical es, pues, un resultado de la revolución permanente de la que surgió el Estado a consecuencia de la lucha entre el principio de inmanencia, representado por el modo de pensamiento exclusivamente laico, que se produce *sub specie temporalis*, y el principio de trascendencia que informa el modo de pensamiento eclesiástico, que se produce *sub specie aeternitatis*. El modo laicista de pensamiento, apoyado intelectualmente por el humanismo, es la sustancia del modo de pensamiento estatal políticamente dominante frente al modo de pensamiento eclesiástico desde que se constituyó el Estado.

En resumen, se podría decir que, a partir de la institucionalización del Estado, cabe sintetizar



todo el pensamiento específicamente moderno como el producto del conflicto entre el principio de trascendencia y el principio de inmanencia, entre la fe y la falta de fe, en cuya lucha cifraba Goethe el drama de la historia universal. Las famosas antinomias kantianas reflejan ese conflicto y su insolubilidad: el razonamiento a partir de la inmanencia y el razonamiento a

partir de la trascendencia.

Así pues, las pesquisas sobre la solución al problema del mal, tal como lo había expuesto Maquiavelo, dieron lugar al artificialismo, la idea de que el hombre puede construir formas o instituciones protectoras frente al mal; en definitiva el Estado como una especie de lugar sagrado profano. Pues, desde el punto de vista estrictamente inmanentista, la función de lo sagrado no consiste en conectar a la humanidad con lo divino, como hacen las religiones, sino en buscar protección frente a ello en tanto lo misterioso, como ocurre en las religiones y civilizaciones antiguas. Se trataba de conjurar la fortuna, el azar y, desde entonces, en busca de seguridad, la política tendió a eliminar todo lo contingente y azaroso y a controlar el mal mediante el artificialismo.

En cierto modo, el artificialismo estaba implícito en el *Génesis*, ha observado Sloterdijk. Pero esto es, justamente, lo que excluye del inmanentismo, por lo menos al cristianismo y al judaísmo en el caso de las religiones bíblicas, ya que la Creación de lo natural y la técnica humana para vivir en la Naturaleza dependen de un Dios trascendente.

Por lo demás, en el caso específico del cristianismo, Dios ya ha dicho todo lo que tenía que decir a la humanidad a través de Cristo, como afirmaba San Juan de la Cruz y recoge recientemente Rémi Brague. Desde entonces sólo espera respuestas, de ahí su silencio.

Y una de las respuestas en el mundo cristiano o postcristiano (¿?) ante el silencio de Dios es, justamente, la del laicismo inmanentista.

9. La protección artificial –científica y técnica–, contra el mal y el azar, aceptando el inmanentismo como principio, la discurrió y construyó Hobbes en un momento en que asolaban Europa las guerras civiles de religión. En las guerras civiles, la enemistad política se transforma en enemistad social y personal y el mal aflora como algo normal, dando lugar a un estado de naturaleza tal como describía la situación de su momento histórico ese gran pensador, clave para entender el modo de pensamiento artificialista dominante. Hobbes se sirvió del tópico del estado de naturaleza, con el nombraban los padres de la Iglesia la situación del hombre tras la caída en el pecado original. Hizo de ese tópico el postulado de una situación imaginaria, una hipótesis con fundamento *in re* como las de la ciencia natural en auge, cuyo espíritu y método adoptó.

Hobbes no era un ateólogo como Maquiavelo. No se limitó a describir la situación histórico-política. Imaginó innovadoramente un edificio protector construido por la voluntad humana, una casa del hombre, enteramente laica, el Estado, al que bautizó como el dios mortal. Pues su Poder –ciertamente bajo el de Dios inmortal según el filósofo inglés–, protege contra el mal mayor de todos, la pérdida de la vida. En tanto *deus mortalis* es soberano absoluto y en tanto laico neutral, como había establecido Bodino al teorizar sobre la soberanía. Toda la actividad de este mecanismo está dirigida a eliminar los males colectivos, todos los conflictos políticos que surgen de los deseos miméticos. Pues son éstos –en primer lugar el deseo de poder, la fuente de la soberbia implícita en el pecado original–, subraya René Girard apelando al décimo mandamiento, la causa eficiente de los males que los hombres se infligen entre sí. La neutralización de todo lo que pueda constituir una causa de mal colectivo de origen humano era el objetivo de la razón de Estado, cuya actividad es pues innovadora, «engañando» así al Poder puramente inmanente para encaminarlo a un fin bueno: la seguridad política (siglos XVII y XVIII).

No obstante, Leviatán era incapaz de contener totalmente la inmanencia del Poder mediante su objetivación, y llevado por la dinámica inherente a su política –la política de la innovación, en contraste con la política de la tradición, como explica Pocock al estudiar el pensamiento del «momento maquiavélico»–, tendió a crecer.

La revolución francesa amplió luego indefinidamente el radio de acción de la razón de Estado transformándola en *l'ordre publique*, la instauración del orden estatal, al atribuir al nuevo Estado-Nación, concebido como un Estado Moral, la erradicación de todos los conflictos y males, tanto los colectivos como los interindividuales. La seguridad política que daba Leviatán se convirtió en la seguridad de la sociedad, sustituyendo incluso los hábitos, las costumbres, las tradiciones, las ideas-creencia que configuran el ethos de los pueblos mediante la contraposición de la moralidad pública, la moralidad del Estado, a la moral privada (siglo XIX). El Poder estatal empezó a transgredir los límites bodinianos de la soberanía utilizando la Ley, y, más tarde, a arrogarse el derecho a extinguir incluso los conflictos personales y los males naturales previendo y organizando todo: la seguridad total del Estado Totalitario de los siglos XX y XXI.

Hoy, todos los Estados son Totalitarios. En ellos, el Poder asentado en la inmanencia se desparrama por todas partes, dispuesto a liberar hasta la vida y la muerte –½la cultura de la muerte– y a la misma Tierra –la Carta de la Tierra– de todos los azares de la fortuna, incluidos los caprichos del cambio climático.

10. Para concluir. Ante el silencio de Dios, a fin de eliminar absolutamente el mal, es preciso prever el futuro minuciosamente para liberar a los hombres de sus responsabilidades e igualarlos conteniendo o suprimiendo sus deseos miméticos. En otras palabras, anular la conciencia construyendo una nueva naturaleza humana para transformar al hombre natural en un hombre nuevo solidario, cooperativo, conformista, liberado de la fe en lo divino trascendente, en la existencia de una realidad eterna distinta de la sensible en relación con la cual se es responsable del propio destino; en suma, un hombre permanentemente avocado a la

inmanencia y, yendo más allá un mundo nuevo y una nueva Tierra absolutamente seguros, al resguardo de los azares de la vida y de las leyes naturales.

La fe en lo divino, ajeno al propio hombre como ser natural, un animal político decían los griegos, puede apartarle de los demás, de la masa: *religio est libertas*, por lo que la religión no aspira a extinguir los deseos miméticos debidos al pecado original, sino que los deja en libertad. Cada hombre es responsable de su control, lo que deja la civilización al albur de la fortuna. Pues esos deseos, según la fe de todas las religiones auténticas, son la causa del pecado, en suma, del mal, por ser la libertad una propiedad antropológica. Este es el sentido de «la Verdad os hará libres» en que se fundamenta la libertad evangélica, pues la verdad es la forma en que se conoce la realidad y, en último análisis, la Realidad de realidades como decía Zubiri, lo divino. La fe en lo divino constituye el mayor obstáculo para la construcción de la Ciudad del Hombre como la Ciudad Perfecta libre de todo mal y de la fortuna o el azar a la que aspira el laicismo neutralizador.

De ahí que el objetivo perseguido por el laicismo sacralizado por el Estado-Nación, sea la extinción de la fe en lo divino, considerándolo la fuente del mal y del azar, en definitiva, de la libertad; para ello fomenta lo que se ha dado en llamar la increencia. El laicismo obedece a la creencia en que la naturaleza humana, fuente de los deseos miméticos, puede ser neutralizada por el Poder de la inmanencia encarnado en el Estado. Pero, paradójicamente, la negación o rechazo de lo divino, descansa, a fin de cuentas, en una sacralización artificialista, intramundana, temporalista, de la neutralidad del Poder de origen inmanente. Lo divino sería el Poder asentado artificialmente en la inmanencia, el Poder del Estado Totalitario, cuyo objeto es ya la nuda vida de que hablaba Michel Foucault.